

PRÓLOGO

Recuperar el proyecto de una sociología histórica del Estado; para eso sirve este libro y eso hay que aclararlo antes de hacernos cargo de preguntas simples como ¿por qué África?; ¿quién es Jean-François Bayart? O de otras más complicadas, como ¿no bastaba ya con los estudios poscoloniales, los estudios subalternos, y los que se acumulen en lo que resta del año? Es preciso recordar el sentido de aquel proyecto, ya que en las condiciones actuales del debate público muchos han creído que es posible desentenderse de los grandes temas de la tradición sociológica para comprender a las sociedades de la periferia del mundo. Y es que hoy circulan ofertas intelectuales para todos los gustos: para los espíritus prácticos está el paradigma de la “buena gobernanza”, donde siempre habrá alguna receta para “conseguir el arreglo institucional correcto” que será el inicio de la senda del desarrollo. Bien sea con énfasis en las instituciones, en la elección racional, o en una combinación habilidosa de ambas, con el beneplácito de las instituciones financieras internacionales y con la excusa de que basta con teorías de alcance medio, parecería que no hay problema público que no pueda ser comprendido por ese paradigma.

Para quienes, en cambio, prefieren ver el mundo a partir de una idea de la dignidad humana, están diferentes variantes del neocontractualismo, que en el campo jurídico se ordena desde los derechos humanos, y en el de la política desde el consenso democrático. Para ellos bastará con una dosis de “voluntad política”, combinada con otra de “cultura cívica”, para hacerse cargo de cualquier cosa. No hay que ser enemigo de la democracia, ni de los derechos humanos,

ni de la idea de que las políticas públicas sean eficientes, para reconocer que las imágenes del mundo social que nos ofrecen esos dos paradigmas son insuficientes para dar cuenta de la complejidad de la cuestión del Estado. Si algo nos ofrece la obra de Bayart, es la prueba de que en la tradición sociológica, con todos sus ires y venires, podemos reconocer y hacernos cargo de esa complejidad.

El tema que aparece en primer plano en los textos aquí reunidos es el de la dependencia, y no por un afán de solidaridad con los pueblos oprimidos, sino como resultado de una estrategia para comprender el lugar de África en el mundo. Constatamos que hay una enorme diversidad en las modalidades de la dependencia, y aun así quedamos convencidos de que ésa sigue siendo una categoría fuerte para caracterizar el lugar que unas sociedades ocupan respecto de otras en el orden mundial. Con todo, lo más importante en la mirada de Bayart es la ruptura con la mirada estructuralista que ha dominado en las principales versiones de la teoría de la dependencia. Cuando se renuncia a la idea de que la dependencia es un tipo de relación universal, que resulta de manera ineludible del funcionamiento de un “sistema”, se hace posible comprender el modo en que las sociedades periféricas han contribuido de manera activa a producir su propia dependencia. Esto podrá resultar incómodo para quienes sólo pueden ver en la dependencia una relación entre víctimas y victimarios; pero para una parte importante de la sociología contemporánea eso equivale simplemente a utilizar el concepto de *agencia* en el análisis de cualquier proceso social. Parece sencillo, pero el resultado es una imagen mucho más verosímil del modo en que se ha construido, y se transforma, la condición de dependencia de las sociedades africanas.

En forma paralela a la cuestión de la dependencia, y como otra cara del mismo fenómeno, está el tema de la formación del Estado. Tema que, insistimos, ha sido opacado por la urgencia de “resultados” y por la fascinación por el

consenso social que han impuesto, como platillos principales —y a veces únicos— de las agendas de investigación, a las políticas públicas y la democracia. Mientras nuestra reflexión sobre las sociedades contemporáneas no vaya más allá de esos dos temas, por importantes que sean, seremos incapaces de reconocer la compleja y riquísima textura de lo que solemos denominar con la majestuosa, y casi siempre engañosa, categoría del Estado.

Lo primero es la historicidad del Estado, cuya comprensión es posible solamente cuando una disposición para el trabajo empírico se combina con una vocación para dialogar con los clásicos. No hay duda de que el espacio donde ello es más fructífero es el de la sociología histórica, que es una combinación siempre difícil. Por un lado, involucra a una parte del mundo de los historiadores, aunque no la más vistosa y reconocida, o sea la que se ha esmerado en mirar los procesos de formación del Estado como una cuestión siempre abierta: los Estados no se crean de una vez y para siempre, sino que están sujetos a un constante proceso de (trans)formación. Sobre todo, los Estados no son sólo producto de los pactos a los que pueden llegar actores relevantes en momentos estelares (como el de la aprobación de una constitución). La formación del Estado se da también por esa infinidad de pequeños encuentros (en un control fronterizo, en el arreglo que resulta de una movilización social, en el deslinde de una propiedad): ese universo inconmensurable (pero teóricamente inteligible) de prácticas e interacciones que producen el “efecto Estado”.

Por otro lado, está la recuperación de esa parte de la reflexión sociológica que ha querido dialogar con la historia, desde Max Weber hasta Reinhard Bendix, pasando por Norbert Elias y Barrington Moore Jr. Nuestro autor se suma a esa lista con el cometido de estudiar el Estado en una periferia, ahí donde muchos pensarían que, simple y sencillamente, no hay Estado. El tema de la reconstrucción histórica de la formación del Estado, como problema

sociológico, se enfrenta con un enorme obstáculo en las condiciones del debate actual: a propósito de las llamadas transiciones democráticas, el pensamiento dominante tiende a definir al Estado solamente por su distancia respecto del ideal democrático y, más recientemente, del Estado de derecho. Parecería que estamos dispuestos a reconocer que la guerra, el pillaje, la piratería y otros tantos fenómenos desagradables fueron factores importantes en la formación de los Estados nacionales, pero que eso habría sido parte del pasado, y suponemos que los Estados contemporáneos podrían ser resultado única y exclusivamente del consenso democrático.

Sin negar que ese consenso pueda ser un hecho real, que forma parte de los fundamentos sociales del orden estatal, incluso en lugares tan “improbables” como Sinaloa, Bucaramanga o Brazzaville, es preciso reconocer que los arreglos de carácter criminal siguen siendo parte del Estado tanto en África como en Dinamarca o el Reino Unido. No faltan, en el momento actual, conjuras para etiquetar esos fenómenos como anomalías, y esas conjuras abarcan desde el concepto de “poderes fácticos”, en América Latina, hasta el de los “escándalos” en Europa y los Estados Unidos. Cuando calificamos como escándalos los arreglos criminales que se producen en el orden estatal contemporáneo de los Estados centrales, lo que hacemos es poner a circular la idea de que ellos no son más que las excepciones que confirman la regla. Cualquiera que sugiera, como lo hace Bayart, que esos arreglos son elementos constitutivos del Estado contemporáneo, se expone a ser ridiculizado como portador de una “teoría de la conspiración”, a la manera de Naomi Klein y tantos otros. Pero lo cierto es que la calidad del análisis pone a Bayart en otra categoría: la de los investigadores que se atreven a entrar en terrenos espinosos y obtener de ellos tesis pertinentes sobre el modo en que se organiza el mundo de hoy. Una parte importante de este estilo de investigación es el método comparativo, que permite obser-

var la dimensión criminal de los Estados centrales de hoy, no como justificación de lo que ocurre en la periferia, sino como prueba de que muchas veces es una de las caras del mismo proceso.

Es verdad que nuestro autor se reivindica a sí mismo más como “comparatista” que como “africanista”, y que por ello la relevancia de sus textos radica, en gran parte, en que nos ayudan a pensar, bajo nuevas categorías, las distintas modalidades de inserción de las sociedades periféricas en el orden mundial; pero también es cierto que para el mundo de habla hispana es importante contar con análisis informados sobre el África subsahariana. En primer lugar, y para no olvidar lo más obvio, sus textos sirven para superar las dos miradas que dominan el sentido común sobre África: la que no ve más que víctimas y la que no ve más que culturas incorregiblemente inferiores. Una vez más, una aproximación sociológica es el método para salir de los lugares comunes, ya que muestra que no existe nada parecido a una “esencia africana”. Las calamidades que han sufrido muchos de esos países aparecen como resultados inteligibles de procesos sociales cuya lógica está a la vista: más que una interacción entre dos conjuntos homogéneos (sociedades nacionales africanas *versus* sus respectivas sociedades metropolitanas) lo que vemos son estructuras sociales que son constantemente coproducidas por actores ubicados en diversas posiciones, que utilizan los recursos de ambas en arreglos que no son homogéneos ni inmutables.

En segundo lugar, y para proponer un análisis sustantivo que remplace a los lugares comunes, Bayart acuña el concepto de “estrategias de extroversión” para designar al conjunto de prácticas por medio de las cuales las sociedades africanas compensan muchos de sus déficits “movilizando recursos derivados de su (posiblemente desigual) relación con el ambiente externo”. Véase su obra pionera *L'état en Afrique. La politique du ventre*, París, Fayard, 1989.

Podemos reprochar al autor que no ofrezca una defini-

ción mínimamente elaborada de ese concepto. Sin embargo, en el análisis que nos ofrece queda claro que con él es posible dar cuenta de un universo de prácticas que revisten gran interés, ya que es a través de ellas que se (re)producen tanto las características del campo político en cada sociedad como su articulación con el mundo a su alrededor.

Las cinco estrategias de extroversión propuestas por Bayart ameritan una discusión a fondo; lejos de emprender esa discusión aquí, creo que basta con señalar que las mismas incluyen desde el uso oportunista de recursos de los países centrales (y de los organismos financieros internacionales) hasta la adopción (muchas veces sincera) de los modelos culturales de Occidente. Entre la gran variedad de fenómenos que consigna está uno que muy rara vez se menciona en la bibliografía académica, ya sea por ignorancia o porque echa a perder el cuadro que se ha adoptado previamente. Me refiero al uso engañoso que frecuentemente se hace de los créditos de los organismos financieros internacionales. Para ninguna de las narrativas dominantes sobre el Banco Mundial (es decir, tanto para sus defensores como para sus detractores) queda bien reconocer que los Estados nacionales suelen hacer un uso “no ortodoxo” de los créditos.* Aun así, es una de tantas estrategias de extroversión a las que se recurre desde los Estados africanos, y de la cual hay que hacerse cargo, si se quiere tener una imagen completa de la relación entre ellos y su entorno global.

Finalmente, vale la pena destacar, en el tercer ensayo incluido en este volumen, su debate con los estudios poscoloniales. Para algunos lectores en América Latina el texto podrá suscitar la incomodidad de sentirse atrapados en un pleito que no les corresponde. Y ciertamente, algo de intriga

* Cualquiera que haya visto de cerca el modo en que se usan los recursos del Banco Mundial sabe de los esfuerzos que tiene que hacer su burocracia para disimularlo. Fue sólo en la segunda mitad de los noventa cuando el Banco comenzó a hablar de corrupción (*the “C” word*) aunque, claro está, no como un problema suyo, sino de “los países”.

académica parisina se destila en el ensayo. Sin embargo, en él encontramos una de las posturas más importantes en un debate que no deberíamos ver como ajeno. Si queremos recuperar el horizonte de la dependencia para comprender el lugar de las sociedades periféricas en el mundo, tendremos que pasar por un debate en torno al poscolonialismo.

En suma, los textos de Bayart nos ofrecen, al mismo tiempo, una descripción sociológicamente densa del modo en que se produce el Estado en África, y el despliegue de un método sumamente sugerente para estudiar ese mismo proceso en otras partes del mundo.

ANTONIO AZUELA